



CONMOCION POR EL ASESINATO DEL LIDER DEL PP DE GUIPUZCOA

# El día que lloró San Sebastián

JON AGIRIANO SAN SEBASTIAN

**E**l dolor de toda una ciudad puede resumirse en las lágrimas de un solo hombre. Roberto Iriarte, un pintor jubilado del barrio de Jai Alai no era conocido de Gregorio Ordóñez, ni siquiera votante del Partido Popular, pero a las once de la mañana hacía cola en la escalinata del Ayuntamiento de San Sebastián con un clavel en la mano y la mirada velada por las lágrimas. No tardó en entrar al salón de plenos y acercarse al ataúd donde el cadáver del político asesinado reposaba rodeado de coronas y una cruz sostenida sobre unas flores de Pascua. Cuando llegó a él, Iriarte colocó su mano en el féretro, dejó su clavel rojo sobre la bandera de San Sebastián y lloró. «Claro que lloras. ¡Cómo no vas a llorar! Lloras de indignación. Nunca me hubiera esperado que ocurriera una cosa así. Pensaba que había algo más de sentido común en este país, pero ya veo que no. Buscan a los mejores y les matan. Y no van a dejar de hacerlo nunca».

Miles de donostiarras recorrieron ayer el mismo camino que este jubilado guiado por la indignación. La capilla ardiente de Gregorio Ordóñez se abrió al público cuando el reloj del consistorio daba las campanadas de las ocho y a esa hora ya había docenas de ciudadanos que merodeaban desvelados por los jardines de Alderdi Eder. En el velatorio, la emoción era tan brutal como el silencio. Los padres de Gregorio Ordóñez, recién llegados de Gandía, y su hermana Consuelo velaban el cadáver. Eugenio Damboriena, Roberto Fernández, Elena Azpiroz y Carmen Nagel, los cuatro compañeros de Ordóñez en la corporación donostiarra, ocupaban las primeras sillas, acompañados del alcalde, Odón Elorza. Ninguno podía disimular su dolor. El consejero de Interior del Gobierno vasco, Juan María Atutxa, el más madrugador de la infinidad de políticos que se desplazaron ayer a la capital guipuzcoana, tampoco pudo ocultar su consternación cuando abrazó a los padres de la última víctima del terrorismo.

## HAN HECHO UN MARTIR

A las diez de la mañana, comenzó una avalancha de público que no se detuvo hasta que, pasadas las tres de la tarde, se cerraron las puertas del salón de plenos. Los donostiarras hacían cola en silencio. Eloy, un estudiante de Derecho, se resistía a creer en la muerte de Goyo, el político que siempre decía las palabras que él quería escuchar. «Era un gran tipo, una de esas personas que dejan un vacío tremendo. No paraba de moverse. Conocía a todo el mundo. Y, sobre todo, era un valiente. Por eso le han asesinado. No pueden soportar a los valientes y se lo han cargado». Eugenia, una anciana del Antiguo, votante del PP, era de la misma opinión. Apoyada en el posamanos de la escalinata del consistorio, sujetando un ramo de gladiolos frescos, pensaba en Ana Iribar, la viuda de Ordóñez, y en su hijo de catorce meses. «¡Cómo ha quedado esa familia! Pobre chica. No tienen perdón de Dios», musitaba.

En la entrada al ayuntamiento, sobre una mesa, un policía municipal colocó un libro blanco. Los donostiarras se arremolinaban para firmar en él. Algunos acompañaban su rúbrica con una dedicatoria. Para que cunda tu ejemplo, decía una de ellas. Feli García y Rosa Sancho, dos amas de casa, no se olvidaron de estampar su firma. «No he votado nunca al PP, pero creo que, a partir de ahora voy hacerlo», confesaba Rosa. Feli, su amiga, era de la misma opinión. «Lo que más puede doler a esos asesinos es que a Gregorio se le siga votando después de muerto», aseguraba, mientras el diputado general de Guipúzcoa, Eli Galdos, hacía su

*Los donostiarras convirtieron la despedida a Gregorio Ordóñez en una inmensa demostración de dolor, rabia y silencio. Sollozos sin posible consuelo y un espeso silencio cubrieron el interminable desfile ante la capilla ardiente*



BERNARDO CORRAL

La viuda de Ordóñez, en el centro, durante el entierro. Abajo, Aznar coloca dos medallas sobre el féretro con la bandera de San Sebastián.

entrada en el consistorio.

A medida que avanzaba la mañana, el dolor se iba espesando en torno al féretro de Gregorio Ordóñez. Se oían llantos, el ruido de los abrazos y el murmullo de alguna mujer rezando, pero con ellos el silencio era todavía más espeso. En medio de este paisaje fúnebre, los ediles del PP recibían las condolencias de sus conciudadanos. Sentados a su lado, Marcelino Oreja, Jaime Ma-

■ **«Pensaba que había algo más de sentido común en este país, pero ya veo que no. Buscan a los mejores y les matan. Y no van a dejar de hacerlo nunca»**

yor, José María Álvarez del Manzano y Francisco Álvarez Cascos les ayudaban a sobrellevar la pérdida de su amigo.

Antxón Buxeda, presidente de la tamborrada El Sauce, de la que era socio Gregorio Ordóñez, también ha perdido un amigo. Al salir de la capilla ardiente, Buxeda todavía hablaba del político asesinado en



CONMOCION POR EL ASESINATO DEL LIDER DEL PP DE GUIPUZCOA

## «Es hora de perder el miedo»

Personas de todas las ideologías acompañaron a Gregorio Ordóñez en su último paseo por las calles de San Sebastián, recordaron la «valentía de un hombre inteligente» y pidieron a ETA que «nos deje vivir en paz»

IVAN ORIO SAN SEBASTIAN

«¿Qué pasa, papá?», preguntó un niño de unos siete años a un hombre que rondaba la treintena y que le sujetaba de la mano en el borde de la acera. Fue incapaz de contestar. La dificultad para explicarle a su hijo la respuesta de toda una ciudad a un asesinato era notable. La emoción contenida tampoco ayudaba. «¿Cómo le dices a un niño que hay gente capaz de matar al prójimo sin ningún tipo de escrúpulo?», señaló con la voz entrecortada.

Las gotas de lluvia repiqueteaban en los paraguas de los donostiarros que acudieron a ofrecer el último adiós a Gregorio Ordóñez y expresar su solidaridad con la familia del político que tenía muchas posibilidades de convertirse en alcalde de la ciudad, el próximo 28 de mayo.

El mal tiempo no les hizo cambiar de planes. En boca de todos estaba la hora del comienzo de la manifestación y la necesidad de asistir. Eran conscientes de que la capital guipuzcoana había perdido a uno de los hombres que más había trabajado por la ciudad por el simple hecho de defender públicamente sus ideas.

«Yo nunca he votado al Partido Popular; ni pienso hacerlo, pero hay que reconocer que Ordóñez ha hecho mucho por su tierra», dijo una señora antes de comenzar a aplaudir al paso de la comitiva municipal. «¿Cómo transmitía!, ¡cómo sabía llegar al fondo de las personas!», contestó otra mujer tras colocarse un lazo azul en la solapa de su chaqueta. Algunos trataban de sacar a relucir otros temas. Pero era imposible. El recuerdo de Ordóñez regresaba a sus mentes una y otra vez. Un anciano euskaldun se lamentaba de que «esta no vaya ser la última víctima, ni mucho menos». No obstante, se sentía esperanzado por la reacción de sus conciudadanos. «Ya es hora de que perdamos el miedo».

### «ES IMPERDONABLE»

La gente charlaba en corrillos y en voz baja. No había que romper el respetuoso silencio. Sin embargo, un quinceañero no pudo evitarlo. «Esto es imperdonable», repetía sin cesar en voz alta, mientras su novia trataba de calmarle.

No paraba de llover. Poco a poco, las personas agolpadas en las aceras se unieron al grupo. Un joven llegó sudoroso con una carpeta y dos libros debajo del brazo. «Casi no llego, he corrido como nunca, tenía que estar aquí», le dijo a una mujer de mediana edad que no podía contener las lágrimas.



IGNACIO PEREZ

La asistencia al entierro de Ordóñez en Polloe también fue multitudinaria.

hecho por nosotros, el único que ha tenido el valor de contar las verdades y mira lo que han hecho con él», comentó cuando se calmó un poco. A pesar de la profunda tristeza que asolaba a los asistentes al acto, muchos donostiarros miraban a su alrededor y asentían. Habían vencido a la intolerancia.

La respuesta democrática al atentado de ETA había sido contundente. «Esto es increíble», se oyó entre la muchedumbre. «Que se den cuenta de una vez que queremos la paz». Una monja plegó su paraguas, juntó sus manos, cerró los ojos y comenzó a rezar.

La cabeza de la manifestación se aproximaba a la iglesia de la Sagrada Familia. Les recibieron el sonar de las campanas y una salva de aplausos. Más atrás, una señora le explicaba a una mujer...

sible» asumir lo que había pasado. «Parece que mañana voy a salir a la calle y le voy a ver paseando, como el otro día». La otra era plenamente consciente de lo sucedido: «Siempre estará entre nosotros».

### UNION

La rabia contenida flotaba en el ambiente. «Les hemos contestado con el único arma que les duele, la unión», afirmó un camarero que salió de un bar para sumarse a la concentración durante unos minutos. Un cliente del establecimiento resaltó: «Hay que plantarles cara a esos sinvergüenzas, no hay que amilanarse». «Han acabado con uno de los hombres de más talento que ha tenido esta ciudad», añadió tras consumir rápidamente su café para fundirse en la marea humana que inundaba la calle Urbieta.

Cesó de llover. Miles de paraguas se cerraron al mismo tiempo. El funeral ya había comenzado y la multitud seguía llegando a las inmediaciones del templo. Los que se quedaron en el exterior volvieron a formar corrillos. Se repetían los mismos comentarios una y otra vez. Algunos hicieron la señal de la cruz. Tres ancianas se consolaban mutuamente, pero la emoción era más fuerte que ellas. «Era tan joven, tan simpático, tan bueno», dijo entre sollozos la de más edad. Las mujeres recuperaron paulatinamente la serenidad. «Jamás le olvidaremos».

Todos, mayores y jóvenes, coincidían en un mismo mensaje y en una conclusión rotunda: El recuerdo de la figura de Gregorio Ordóñez «pervivirá para siempre en el corazón de los donostiarros que defienden la convivencia en democracia». Las campanas volvieron a sonar.

mochila aún a la espalda, ancianas. Algunas lloraban, pero la mayoría simplemente callaba y batía palmas.

El paso junto a la sede de Herri Batasuna no despertó especial atención. El público seguía por su camino, y los semblantes se tornaban aún más solemnes con las salvas de aplausos.

Los dirigentes políticos rehusaron hacer declaraciones y se limitaron a dar fe de las riadas de donostiarros que les habían elegido democráticamente y que esta vez se dieron cita en la calle para expresar públicamente su deseo de vivir en paz. Una vez más, se manifestaron en silencio, sin proferir consignas ni amenazas. Detrás de ellos, el viento seguía batiendo la pancarta «Sin tolerancia ¿qué nos queda?», que simbolizaba, desde la fachada del Ayuntamiento el motivo de la manifestación.

En Amara Berri, en los alledanos de la Iglesia de la Sagrada Familia, aguardaba un gentío. Los

■ Algunos lloraban, pero la mayoría simplemente permanecía callada y aplaudía

■ La multitud se quedó en la calle, a la espera de que concluyera el funeral

potentes focos de una unidad móvil de televisión hacían brillar el asfalto mojado. A las puertas del templo, el público vitoreaba a la Corporación. Detrás llegó la comitiva del PP y un grupo de autoridades. Separados de ambos grupos, unos minutos después, hicieron su aparición el lehendakari Ardanza y Juan Alberto Belloch, recibidos desde las aceras con una cerrada ovación.

### Fuera de la iglesia

Eran las 19.00 horas y las campanas de la iglesia tocaban a muerto. Veinte minutos después de que llegara la cabeza de la manifestación, miles de personas seguían confluendo en la rotonda de Amara Berri, procedentes de la espaciosa avenida de Sancho el Sabio. La multitud se quedó en la calle, a la espera de que concluyera el funeral. Muchos vecinos, sin embargo, se marchaban a casa para poner enseguida la televisión y hacerse una idea de la magnitud de la manifestación.

Esta se podía divisar bien a lo lejos. Mientras los coches se agolpaban en los accesos a la ciudad, aún había manifestantes que se encontraban al comienzo del recorrido. El jefe de la Policía Municipal no dio cifras, pero sonrió satisfecho. Algo que ni él ni el alcalde Odón Elorza pudieron hacer tras la concentración por el asesinato de Alfonso Morcillo, jefe de la Unidad de información de la Guardia Urbana.



CONMOCION POR EL ASESINATO DEL LIDER DEL PP DE GUIPUZCOA



José María Setién celebró el funeral en un templo abarrotado.

EFE

## «El mejor servicio que puede hacer ETA es dejar las armas», dice Setién en el funeral

Miles de personas asistieron a la ceremonia oficiada por el obispo de San Sebastián

EL CORREO SAN SEBASTIAN

José María Setién aseguró ayer, durante el funeral por Gregorio Ordóñez, que «el mejor servicio que puede prestar ETA a este pueblo, por cuya libertad dice luchar, es de-

jar las armas». Ante las miles de personas congregadas en el templo y los alrededores para despedir al dirigente del PP vasco, el obispo de San Sebastián recordó que la responsabilidad de conseguir la paz recae «de

manera especial en los que tienen competencias públicas y políticas, y a cuyo servicio han de permanecer con audacia». En el acto religioso participaron la viuda y los padres de Ordóñez.

Tras la multitudinaria manifestación que recorrió las calles de la capital guipuzcoana en señal de duelo por el asesinato del dirigente vasco del PP, miles de personas acudieron al acto fúnebre, que tuvo lugar en la iglesia de la Sagrada Familia. La mayor parte de los asistentes tuvo que seguir la ceremonia desde los alrededores del templo, que quedó abarrotado media hora antes de comenzar el funeral oficiado por José María Setién.

La viuda de Ordóñez, Ana Iríbar, y los padres del fallecido estuvieron presentes en la ceremonia, en la que también participaron el ministro de Justicia e Interior, Juan Alberto Belloch; el lehendakari José Antonio Ardanza; el presidente del PP, José María Aznar; el consejero de Interior, Juan María Atutxa; y dirigentes políticos e

institucionales del País Vasco y del resto de España. El funeral fue oficiado por el obispo José María Setién y el cardenal Angel Suquía, auxiliados por otros veinticinco sacerdotes.

### «Mutuo entendimiento»

Durante la homilía, el obispo Setién pidió a ETA que abandone las armas. «Una vez más, realizo una grave llamada a ETA a fin de que preste a este pueblo, por cuya libertad dice luchar, el mayor y mejor servicio que le puede hacer, que es el de dejar las armas y abrir así las vías adecuadas para lograr la paz por el camino del mutuo entendimiento. Es la ciudad entera de San Sebastián y yo mismo quienes, sacudidos por un sentimiento generalizado de desconcierto, y en cierta medida de frustración, condenamos este asesina-

to», afirmó.

Tras dar el pésame a la viuda y al resto de los familiares, el obispo de San Sebastián advirtió que la responsabilidad de hacer la paz recae «sobre todos nosotros», pero «de manera especial alcanza a cuantos tienen competencias públicas y políticas y a cuyo servicio han de permanecer con firmeza e incluso audacia, con la mirada puesta en el bien de toda la comunidad humana».

### Abucheos a Belloch

Setién deseó que la muerte de Ordóñez sea «una llamada dirigida a todo el pueblo donostiarra a construir la paz», y añadió que «no renunciamos a la hermosa vocación de vivir en la libertad, en el mutuo respeto, la tolerancia y en la fraternidad. Preparemos para

quienes han de recoger la vida que nosotros les transmitimos, la paz que todavía nosotros no podemos disfrutar». «Que Dios nos ayude», concluyó.

Así como a la entrada al templo la comitiva de autoridades fue recibida con aplausos, durante la salida se registraron pitidos y abucheos al ministro Juan Alberto Belloch y gritos de «ETA asesina» y «ETA al paredón». Los asistentes aplaudieron especialmente al consejero vasco de Interior, el penneuvista Juan María Atutxa, a los miembros de la Guardia Civil que asistieron a la misa, entre ellos el coronel Enrique Rodríguez Galindo y el alcalde de San Sebastián, Odón Elorza. Antes de que la multitud se dispersase, también se produjeron gritos de «Viva España», «Viva Gregorio» y «Gregorio valiente».

## Víctimas del terrorismo

EL CORREO BILBAO

La lista de trece cargos públicos asesinados desde la entrada en vigor, en 1978, de la Constitución, publicada ayer por este periódico, incluía exclusivamente las identidades de quienes fueron víctimas de atentados perpetrados por ETA y los Comando Autónomos Anticapitalistas (CAA). Sin embargo, se han producido otras muertes en acciones terroristas atribuidas a los GRAPO y a grupos ultraderechistas.

El primer atentado contra una persona con responsabilidad política se llevó a cabo el 20 de diciembre de 1973, cuando ETA (pm) asesinó en Madrid al almirante Luis Carrero Blanco. En noviembre de 1975, un comando de la organización terrorista acabó con la vida del alcalde de la localidad guipuzcoana de Oiartzun, Antonio Echevarría. El 9 de febrero de 1976, ETA(pm) asesinó al alcalde del municipio vizcaíno de Galdakao, Víctor Legorburu Ibarreche. Ocho meses después, un atentado de ETA(pm) en Gernika causó la muerte del presidente de la Diputación de Vizcaya, Augusto Unceta Barrenenechea Aizpiri. El 22 de marzo de 1978, el GRAPO asesinó en Madrid al director general de Prisiones, Jesús Haddad Blanco.

Durante 1980, cinco políticos murieron en atentados. Entre ellos, Juan Ignacio González Ramírez, secretario general del Frente Nacional de la Juventud, asesinado por los GRAPO en Madrid.

Los terroristas no volvieron a atacar hasta el 23 de febrero de 1984, cuando los CAA y el grupo Mendeku asesinaron al senador socialista Enrique Casas, en San Sebastián.

El 20 de noviembre de 1984, un grupo ultraderechista acabó con la vida del médico y dirigente de Herri Batasuna Santiago Brouard Pérez, presidente del Partido Popular Socialista Revolucionario (HASI) y diputado electo en el Parlamento vasco. El 31 de diciembre de ese mismo año fue asesinado en Azkoitia el que fue jefe provincial del Movimiento en Guipúzcoa, José Larrañaga Arenas, en una acción de ETA.

El 20 de noviembre de 1989, el diputado electo de HB Josu Murguza fue víctima de un atentado de miembros de una banda ultraderechista.

El 15 de enero de 1992 fue asesinado en Valencia el ex-secretario de Estado para las Autonomías con UCD Manuel Broseta Pont.



# ¿Por qué todo el mundo fuma Gold Coast?

## Blend of U.S.A.

Las Autoridades Sanitarias advierten que: FUMAR PERJUDICA SERIAMENTE LA SALUD





CONMOCION POR EL ASESINATO DEL LIDER DEL PP DE GUIPUZCOA



BERNARDO CORRAL  
Miles de donostiarras desfilaron ayer ante la capilla ardiente con los restos de Gregorio Ordóñez instalada en el Ayuntamiento de la ciudad.

tiempo presente. «No me acabo de hacer a la idea de que ya no está», explicaba. «Estuvimos juntos en la tamborrada. Era un chaval magnífico. Le podías pedir cualquier favor, llamarle para lo que sea, y siempre te atendía. Y sabía divertirse. Era un hombre lleno de vida. La verdad es que no entiendo nada. Con su muerte le han encumbrado, han hecho de él un martir».

José María Aznar llegó a las doce y media. Antes de él, nada más concluir los cinco minutos de silencio decretados por el Ayuntamiento, lo hicieron el diputado Rodrigo Rato y el ex-alcalde de San Sebastián Xabier Albistur. Cuando el líder del Partido Popular entró en el consistorio, las coronas de flores, que no pararon de llegar en todo el día, ya rebosaban en la escalinata. Aznar, visiblemente afectado, dio el pésame a la familia de Ordóñez y luego se puso a rezar delante del cadáver, escoltado por la plana mayor de su partido. Acabadas las oraciones, colocó sobre el féretro un estuche con la insignia de oro de su partido y se sentó en la primera fila, cabizbajo.

ESCENAS DE ANGUSTIA

El socialista Enrique Múgica también hizo acto de presencia. El juntero del PP, José Eugenio Azpiroz, y el edil Eugenio Damboriena, destrozados en su asiento, sin poder contener las lágrimas, fueron los primeros en recibir sus condolencias. La tristeza, sin embargo, no acababa en los compañeros de partido. Las escenas de angustia delante del féretro se sucedían. Docenas de ancianas donostiarras, esas a las que Ordóñez piropeaba cada domingo a la salida de la misa de doce en la Sagrada Familia, eran las más expresivas en su dolor. Otros, en cambio, intentaban mantener la calma entre tanto desgarró. José María Etxeberria, un cincuentón eibarrés afincado en Donostia, era uno de ellos. «No le conocí, pero sé que era una persona valiente, un hombre que luchaba con su palabra. Y le han matado los que no quieren la palabra, los que piensan que las personas son animales».

La puerta del salón de plenos se cerró pasadas las tres de la tarde. Para entonces, Xabier Arzalluz, Carlos Garaikoetxea, el alcalde de Barcelona, Pascual Maragall, Juan Alberto Belloch y José Antonio Ardanza ya habían pasado por la capilla ardiente. El ministro de Justicia e Interior y el lehendakari concidieron delante del ataúd. A la salida, Belloch, recién llegado de Palestina, no quiso hacer declaraciones. Ardanza, asediado por los medios de comunicación, habló de unidad de los hombres de bien para acabar con el terrorismo.

Eran las 15.35 horas cuando las notas del Agur Jaunak, interpretado por la Banda Municipal de txistularis, sonaron en los jardines de Alderdi Eder. Los compañeros de corporación de Ordóñez sacaron el féretro a hombros, entre una tormenta de aplausos y gritos de ¡Viva España! Antton Marquet, concejal del PNV, lloraba con el ataúd en su hombro. En la terraza del consistorio, Ana



BERNARDO CORRAL

Concejales del PP en el Ayuntamiento de San Sebastián aguardan la salida del féretro ante el edificio consistorial.

«Lo que más puede doler a esos asesinos es que se siga votando a Gregorio después de muerto»

«Le han matado los que no quieren la palabra, los que piensan que las personas son animales».

Botella, la esposa de José María Aznar, se secaba las lágrimas, de la mano de su marido y del resto de sus compañeros de partido.

EL VACIO DE ORDOÑEZ

Un coche fúnebre trasladó el cadáver hasta el cementerio de Polloe. Se necesitaron tres camiones para llevar las coronas de flores hasta el lugar del entierro. Allí, otra multitud esperaba los restos del concejal más popular de San Sebastián. Algunos se detenían a leer la leyenda macabra que reza en el arco de entrada al camposanto: Pronto se dirá de vosotros lo que ahora se dice de nosotros: ¡murieron! Otros recordaban el valor idomable de su concejal. «El vacío que va a dejar este hombre no lo vamos a poder llenar. ¿Quién tiene esos cojones?», se preguntaba Eustaquio, un jubilado de la Parte Vieja, al que Gregorio recibió un día en su despacho y se lo ganó para siempre.

El entierro se convirtió en otra manifestación popular de pesadumbre. No cabía un alma en Polloe. La viuda de Ordóñez y sus padres tuvieron que abrirse paso entre la multitud para poder llegar a la tumba, al igual que José María Aznar y el resto de sus correlegionarios, entre ellos, Ricardo García Damborenea. Las palabras del sacerdote, sin embargo, pudieron escucharse con toda nitidez. El silencio seguía igual de firme en San Sebastián.



EFE

José Antonio Ardanza y Juan Alberto Belloch ante el cadáver de Gregorio Ordóñez.